

# PARTIDO OBRERO REVOLUCIONARIO

Guillermo Lora: **LENIN Y EL GOBIERNO  
PROVISIONAL**

León Trotski: **LENIN COMO TIPO NACIONAL**

*Ediciones*

**MASAS**





**V. I. Lenin**

## V. I. LENIN Y EL GOBIERNO PROVISIONAL

Guillermo Lora

**G**losemos los primeros escritos de Lenin que siguieron a la revolución de febrero de 1917, para comprender por qué su actitud frente al gobierno provisional se mantuvo invariable: absoluta desconfianza y necesidad de organizar y armar al proletariado.

Tales escritos se conocen bajo el título genérico de "Cartas desde Lejos" -así aparecen en sus "Obras Completas"- que en número de cinco escribió su autor desde Suiza en el mes de marzo de 1917.

En Bolivia, el Partido Obrero Revolucionario llamó a la victoria de Abril de 1952, el febrero boliviano. El análisis autocrítico de que todo lo que ha sucedido después nos enseñará que hemos cometido muchos errores.

### I. Las etapas de la revolución

**E**n su primera carta -titulada "Primera etapa de la primera revolución"-, Lenin nos habla de las dos etapas de la revolución. No faltarán los que sostengan que constituye un antecedente que puede justificar la "teoría de la revolución etapas".

Lenin sostiene que la primera etapa -acabada en ocho días- comprende el derrocamiento de la monarquía zarista, "debido a una situación histórica original en extremo", que permitió se soldaran, "con unanimidad" notable; corrientes diferentes por múltiples razones, intereses clasistas heterogéneos en extremo, aspiraciones políticas y sociales totalmente opuestas. Citamos: la conjuración de los imperialistas anglosajones, que Lenin y el gobierno provisional empujaron a Miliukov, Guchkov y a sus seguidores a adueñarse del poder, todo para proseguir la guerra imperialista, para continuarla con más encarnizamiento y tenacidad... Esto de una parte. Y de otra, un poderoso movimiento proletario y de las masas del pueblo -los sectores pobres y vastos de la población de la ciudad y del campo-, su rasgo diferencial consiste en ser un movimiento de carácter revolucionario, por el pan, la paz y la verdadera libertad".

La segunda etapa de la revolución se hace presente como la lucha del proletariado contra los partidos burgueses y pequeñoburgueses interesados en servir al imperialismo. Se trata del paso de la primera a la segunda etapas: "La lucha de estas tres fuerzas determina la situación de este momento y es el paso de la primera a la segunda etapa de la revolución".

### II. La burguesía y la revolución proletaria

**L**enin enseñó acertadamente, desde el primer día de la revolución -y nosotros no debemos olvidar esta lección-, que el proletariado no puede apoyar a un gobierno ajeno a su clase.

Dijo: "Quién pretenda que los obreros deben apoyar al nuevo gobierno -al provisional- en nombre de la lucha contra la reacción del zarismo, traiciona a la causa del proletariado, a la causa de la paz y de la libertad."

En ese entonces, la única forma de luchar contra la monarquía y de defender la libertad y los intereses de los explotados, consistía en alentar la política independiente de clase del proletariado -fundamento de su política revolucionaria- y en armarlo. "Porque -escribe Lenin- la única garantía de la libertad y de la destrucción completa del zarismo es armar al proletariado, consolidar, extender, desarrollar el papel, la importancia y la fuerza del Soviet de Diputados Obreros" (es decir, de los órganos de poder).

La posición leninista partía del convencimiento de que la burguesía ya no podía jugar ningún papel revolucionario en una transformación radical de la sociedad, llamada a cumplir las tareas democrático-burguesas: "Nuestra revolución es burguesa -decimos nosotros, los marxistas- y por eso los obreros deben abrir los ojos al pueblo para que vea la mentira de los politiqueros burgueses y enseñarles a no creer en las palabras, a confiar únicamente en sus propias fuerzas, en su propia organización, en su

unión propia, en su propio armamento". Esta conclusión tiene total validez entre nosotros.

Lenin subraya que los aliados del proletariado en la revolución burguesa son los campesinos y no la burguesía, siendo esta última una postulación menchevique. Hay que advertir que los bolcheviques y también Trotsky, calificaban a la revolución rusa como "burguesa" por las tareas que debían cumplir, es decir, por las tareas democrático-burguesas; pero, al mismo tiempo, sostenían que sería proletaria por su dirección política.

### **III. La crítica al apoyo al gobierno provisional**

**E**l primero de marzo de 1917 -es decir, en la llamada "revolución de Febrero"- nació el llamado gobierno provisional, como resultado del acuerdo entre el Comité Provisional de la Duma del Estado y la dirección del Comité Ejecutivo de los Soviets, conformada por social-revolucionarios y mencheviques.

Los dirigentes bolcheviques que se encontraban en Petrogrado se apresuraron en apoyar a ese gobierno, por considerar que se trataba de un paso obligado dentro del proceso revolucionario. La posición adoptada por Stalin fue la misma. Lenin, en su segunda carta -"El nuevo gobierno y el proletariado"-, criticó ese acuerdo con dureza:

"El llamamiento del Soviet de Diputados Obreros -si el texto no ha sido falseado por los imperialistas franceses- es un documento notable, ilustrativo de que el proletariado de Petersburgo se encontraba... influido en gran manera por los políticos pequeñoburgueses.

"El llamamiento declara que todos los demócratas deben 'apoyar' al nuevo gobierno y que el Soviet de Diputados Obreros ruega a Kerensky que participe en el Gobierno Provisional y le faculta para ello.

"Puede decirse que el nombramiento de un Luis Blanc ruso, Kerensky, y el llamamiento invitando a apoyar al nuevo gobierno constituyen un ejemplo clásico de traición a la revolución y a la clase obrera, traición semejante a las que dieron al traste con muchas revoluciones durante el siglo XIX. "El proletariado no puede y no debe apoyar al gobierno de la guerra, al gobierno de la restauración. Lo que hace falta para combatir a la reacción, para rechazar las tentativas posibles y probables de los Romanov y de sus amigos con vista a la restauración de la monarquía y la constitución de un ejército contrarrevolucionario no es apoyar a Guchkov y compañía, sino organizar, engrandecer y consolidar las milicias proletarias, armar al pueblo bajo la dirección de los obreros".

### **IV. La participación de los obreros en el gobierno provisional**

**S**e tiene que subrayar que la política leninista tenía como uno de sus ejes fundamentales el rechazo a toda participación de los obreros en el gobierno provisional:

Exigir la 'participación' de los obreros en el gobierno Guchkov-Miliukov es un absurdo principista y político. Participar en minoría, equivaldría a ser un simple peón; participar en 'condiciones de igualdad', resulta imposible, porque no se puede conciliar la exigencia de continuar la guerra con la de concertar un armisticio y entablar negociaciones de paz. 'Participar' siendo mayoría sería posible si se contase con la fuerza suficiente para derrocar al gobierno Guchkov-Miliukov. "En la práctica, exigir la 'participación' es caer en el peor de los luisblanquismos, es decir, olvidar la lucha de clases".

El resumen anterior puede servirnos de gran marco para la actuación en un proceso revolucionario.

La Paz, 5 de abril (1949)  
(Se trata de apuntes de archivo).

## LENIN COMO TIPO NACIONAL <sup>1</sup>

León Trotski

El internacionalismo de Lenin no necesita defensa. Su característica distintiva es el rompimiento irreconciliable, en los primeros días de la guerra mundial, con aquella falsificación del internacionalismo que prevaleció en la II Internacional. Los jefes oficiales del "socialismo", desde la tribuna parlamentaria, con argumentos abstractos inspirados por el espíritu de los viejos cosmopolitas, guiaban los intereses de la patria hacia una armonía con los intereses de la humanidad. En la práctica todo esto condujo, como sabemos, al sostenimiento por el proletariado de la patria de la clase dominante.

El internacionalismo de Lenin no es en manera alguna una forma de reconciliar verbalmente nacionalismo e internacionalismo, sino una forma de acción revolucionaria internacional. El mundo habitado por los llamados hombres civilizados se le aparece como un solo campo de combate en que los distintos pueblos y clases sostienen una guerra gigantesca unos contra otros. Ninguna cuestión de importancia puede encerrarse en un marco nacional. Amenazas visibles e invisibles solidarizan cada cuestión con docenas de fenómenos acontecidos en todos los extremos del mundo. En su apreciación de los factores y de las fuerzas internacionales Lenin era más libre que la gente imbuida de prejuicios nacionales.

Según Marx, los filósofos consideran este mundo satisfactorio; cuando la tarea debía consistir en transformarlo. Pero él, el profeta genial, no vivió para verlo. La transformación del viejo mundo se halla en pleno desarrollo y Lenin es su primer obrero. Su internacionalismo es una apreciación práctica de los acontecimientos históricos y una adaptación práctica a su curso sobre una escala internacional y para un propósito internacional. Rusia y su suerte son únicamente un elemento de esta gran lucha, de cuyo éxito depende la suerte de la humanidad.

El internacionalismo de Lenin no necesita recomendación. Y sin embargo, el propio Lenin es nacional en grado sumo. Su espíritu arraiga profundamente en la historia rusa, la hace suya, le da su más honda expresión, y alcanza por añadidura el nivel de una acción y una influencia internacionales.

De buenas a primeras, la atribución a Lenin de un carácter "nacional" puede sorprender; pero si se atiende a lo fundamental, resulta naturalísima. Para dirigir una revolución sin precedentes en la historia de los pueblos, como la que se produce en Rusia, es evidentemente necesario hallarse en una conexión orgánica indisoluble con la vida popular, una conexión que brota de los orígenes más profundos.

Lenin encarna el proletariado ruso, una clase joven, que políticamente tiene apenas la edad de Lenin y es, además, una clase profundamente nacional, porque involucra todo el desarrollo pasado de Rusia y contiene todo el futuro de Rusia, porque en ella vive y muere la nación rusa. Sin rutina ni ejemplo que seguir, libre de falsedad y de compromiso, pero firme en el pensamiento e intrépido para actuar, con una intrepidez que nunca degenera en incomprensión; así es el proletariado ruso y así es Lenin.

La naturaleza del proletariado ruso, que actualmente se ha convertido en la fuerza más importante de la revolución internacional, ha sido preparada por el curso de la historia nacional rusa, por la crueldad bárbara del más absoluto de los Estados, la insignificancia de las clases privilegiadas, el desarrollo febril del capitalismo en las turbulencias del cambio, la decadencia de la burguesía rusa y su ideología, y la degeneración de sus políticos. Nuestro "tercer Estado" no comprendía la reforma ni la revolución y no podía comprenderlas. Por eso los problemas revolucionarios del proletariado asumieron un carácter más vasto. Nuestro "tercer Estado" no sabe nada de Lutero, de Tomás Munzer, de Mirabeau, de Marat, de Robespierre. Por lo mismo, el proletariado ruso tuvo su Lenin. Lo que faltaba en tradición se ganó en energía revolucionaria.

Lenin refleja en sí la clase obrera rusa, no sólo en su presente político, sino también en su pasado rústico tan reciente. Este hombre, sin disputa el jefe del proletariado, parece un campesino; en él hay algo que lo sugiere vivamente. Ante el Smolny se eleva la estatua del otro héroe del proletariado mundial, Marx, sobre un pedestal, vistiendo una levita negra. A buen seguro esto es una minucia, pero es absolutamente imposible imaginarse a Lenin vistiendo una levita negra. En algunos retratos, Marx aparece con una amplia pechera sobre la que pende un monóculo.

1.- Discurso pronunciado con ocasión de su cincuentenario.

Que Marx no era hombre inclinado a la coquetería es cosa clara para quien tenga una idea del espíritu marxista. Pero Marx creció sobre una base distinta de cultura nacional, vivió en una atmósfera diferente, como sucede a todas las personalidades destacadas de la clase obrera alemana, cuyos orígenes no se remontan a las aldeas sino a los gremios y a la complicada cultura de la ciudad medieval.

El estilo de Marx, rico y flexible, y en el que se combinan la cólera y la ironía, la agudeza y la elegancia, denota también el sustrato ético y literario de toda la antigua literatura socialista alemana desde la Reforma y aun antes. El estilo literario y oratorio de Lenin es extremadamente sencillo, ascético, como toda su manera de ser. Pero este fuerte ascetismo no muestra indicio alguno de sermón moral. Y no se crea que es así por obedecer a un principio, a un sistema premeditado, puesto que no hay en él la menor afectación; su modo de presentarse es sencillamente la expresión exterior de la concentración interna de fuerza para la acción. Obedece a un imperativo de economía de la misma índole que el que siente el campesino, pero mucho más fuerte.

Marx entero está contenido en el *Manifiesto Comunista*, en el prólogo de su *Crítica*, en *El Capital*. Aun cuando no hubiese sido el fundador de la Primera Internacional, siempre hubiera sido lo que es. Lenin, en cambio, se dedica desde luego a la acción revolucionaria. Sus obras son simples ejercicios preparatorios de la acción. Aunque no hubiese publicado un solo libro hubiera aparecido en la historia como aparece hoy: como el jefe de la revolución proletaria, el fundador de la Tercera Internacional.

Se necesitaba un sistema claro, erudito -dialéctica materialista-, para poder realizar el tipo de tareas que llevó a cabo Lenin; ello era necesario, pero no suficiente. Hacía falta aquel poder creador misterioso que se llama intuición: la habilidad de advertir las apariencias en seguida, de distinguir lo esencial e importante de lo insignificante y superfluo, de reconocer las partes equivocadas de una descripción, de medir bien los pensamientos de los demás y sobre todo el del enemigo, de unir todo esto en un todo, y en el momento en que la "fórmula" se concrete en su pensamiento, dirigir el golpe. Esto es intuición en acción. Ella equivale por otra parte a lo que llamamos penetración.

Cuando Lenin, cerrado el ojo izquierdo, recibía por radio el discurso parlamentario de un jefe de prosapia imperialista o la nota diplomática esperada -un cierto tejido de reserva sanguinaria y de hipocresía política-, parecía un "mujic" de temple orgulloso, al que no hay manera de reducir. Un campesino terco y avisado que llega a los límites de la genialidad con las últimas adquisiciones de un pensamiento de estudioso.

El joven proletariado ruso está capacitado para llevar a cabo lo que solamente realiza quien ha arado el duro terruño de los campesinos hasta sus profundidades. Nuestro pasado nacional ha preparado este hecho. Pero precisamente porque el proletariado vino al poder por el curso de los acontecimientos, nuestra revolución ha sido capaz de vencer repentina y radicalmente la torpeza limitada y provinciana; la Rusia del Soviet se convierte no sólo en el refugio del comunismo internacional, sino también en la personificación viva de su programa y de sus métodos.

Por caminos desconocidos, no explicados aún por la ciencia, a través de los que se modela la personalidad del hombre, Lenin tomó de su nacionalismo todo lo que necesitó para la mayor acción revolucionaria que han visto los siglos. Precisamente porque la revolución social, que tiene desde hace tiempo su expresión teórica internacional, encontró desde el primer momento su personificación en Lenin, éste resultó, en el verdadero sentido de la palabra, el jefe revolucionario del proletariado del mundo.

## LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

### Vísperas de la revolución

**M**e enteré de la llegada de Lenin a Petersburgo y de su aparición en los mítines de trabajadores contra la guerra y el Gobierno provisional por medio de los periódicos norteamericanos que llegaban al campo canadiense de concentración de Amhurst. Los marineros alemanes internados comenzaron de pronto a interesarse por Lenin, cuyo nombre les llegó, por primera vez, en los telegramas de la

prensa. Todos ellos esperaban con impaciencia que el fin de la guerra abriera las puertas del campo de concentración, que para ellos significaba la cárcel. Escuchaban con la mayor atención toda voz que se levantase contra la guerra. Hasta entonces sólo conocían a Liebknecht. Pero habían oído decir muchas veces que Liebknecht estaba sobornado por los aliados. Ahora estaban por Lenin.

Yo les hablé de Zimmerwald y Kienthal. Lenin se captó más amistades que Liebknecht.

Durante mi viaje a través de Finlandia recibí los primeros periódicos rusos, con telegramas acerca de la entrada de Tsereteli, Skóbelev y otros "socialistas" en el Gobierno provisional. La situación, no obstante, era perfectamente clara. Al segundo o tercer día de mi llegada a Petersburgo me enteré de las tesis que Lenin había sentado en abril. Era exactamente lo que la revolución necesitaba.

Sólo algún tiempo después leí el artículo que Lenin publicó en *Pravda*, "el primer periódico de la primera revolución", artículo que enviara desde Suiza. Aún ahora se pueden y deben leer con la mayor atención, porque son de gran provecho político, los primeros números, llenos de vaguedades, de la *Pravda* revolucionaria, contra los que Lenin escribió la "Carta de un extranjero" que lo revela en su total fuerza colectiva. Muy reposado en el tono y teóricamente explicativo, este artículo semejaba un poderoso resorte de acero oprimido, por una fuerte faja, que en el futuro habría de dispararse y volver a extenderse hasta abarcar ideológicamente todo el significado de la revolución.

En uno de los primeros días de mi llegada, convine con el compañero Kámenev una visita a la oficina editorial de *Pravda*. La primera reunión debía celebrarse el día 5 o 6 de mayo. Dije a Lenin que absolutamente nada me separaba de sus tesis de abril y del curso que el partido en general había adoptado desde su llegada, y que me encontraba ante la alternativa de entrar en la organización del partido, de momento "individualmente", o de intentar atraer la mayor parte de los "unionistas", cuya organización en Petersburgo reunía casi tres mil obreros, a los que se había sumado un número de valiosas fuerzas revolucionarias: Uritsky, Lunacharsky, Yoffe, Vladimirov Manufisky, Karajan, Yureniev, Posern, Litkens y otros. Antónov-Ovseienko ya había entrado en el partido; creo que Sokolnikov también. Lenin no se pronunció categóricamente; no me aconsejó una cosa ni otra. Era necesario, sobre todo, que yo me familiarizase íntimamente con la situación y con los hombres. Lenin consideraba que no era descabellada una colaboración con Mártoy y particularmente con una parte de los internacionalistas mencheviques, que acababan de llegar del extranjero. Debíamos vigilar, ciertamente, cuáles eran las posiciones de los "internacionalistas" una vez en el trabajo. Como convine tácitamente con él, por mi parte no debía forzar el natural desarrollo de los acontecimientos. Nuestra orientación política era la misma. En los mítines de soldados y obreros dije desde el primer día de mi llegada: "Nosotros, bolcheviques e internacionalistas", y como la conjunción cargaba mi discurso por su repetición constante, muy pronto abrevié la forma y comencé a decir "Nosotros, bolcheviques internacionalistas". De esta manera la unión política precedía a la de organización. Nuestra táctica política coincidía.

Estuve en la oficina editorial de *Pravda* dos o tres veces en los momentos más críticos antes de los días de julio. En aquellas primeras reuniones Lenin daba la impresión de una concentración intensa y de una formidable posesión de sí mismo bajo la máscara de una calma y una sinceridad "prosaicas". En aquellos días el kerenskismo parecía todopoderoso. El bolchevismo representaba "un miserable grupito". El partido no había desarrollado todavía la fuerza que debía alcanzar en el porvenir. Pero al mismo tiempo, Lenin decidió encauzarlo hacia su labor prodigiosa.

Sus discursos en el Primer Congreso de los Soviets suscitaron hostilidad e inquietud en la mayoría de mencheviques y socialistas revolucionarios. Sentían oscuramente que este hombre iba avanzando con rapidez, pero no veían hacia dónde se encaminaba. Y los pequeñoburgueses revolucionarios se preguntaban: ¿Quién es este hombre? ¿Qué es? ¿Es sencillamente un loco o un proyectil arrojado por la historia, de trayectoria hasta ahora desconocida?

La aparición de Lenin en el Congreso de los Soviets, donde habló de la necesidad de arrestar a cincuenta capitalistas, quizá no constituyó un "éxito" retórico. Pero fue extraordinariamente significativa. Pocos aplausos de los relativamente escasos bolcheviques acompañaron al orador cuando abandonó la tribuna con el aspecto de un hombre que no ha dicho todo cuanto quería decir, y sobre todo que no lo ha dicho como deseaba decirlo... En aquel momento hubo una pausa grandiosa en la sala. Todos los presentes sintieron por un momento la sugestión de lo que iba a venir mientras seguían con mirada atónita a aquel hombre, tan vulgar y tan enigmático.

¿Quién es? ¿Qué es? ¿Plejánov, en su periódico, no había calificado de fantasía febril el primer discurso de Lenin sobre el marasmo revolucionario de Petersburgo? ¿Los delegados elegidos por las masas, no se alineaban generalmente con los socialistas revolucionarios y los mencheviques? La posición de Lenin entre los mismos bolcheviques, ¿no produjo al principio una violenta protesta?

Por una parte, Lenin pedía el rompimiento, no solamente con el liberalismo burgués, sino también con todo tipo de defensismo. En su propio partido organizó la lucha contra el "viejo bolchevique", quien -según escribía Lenin- había jugado ya más de una vez un papel melancólico en la historia de nuestro partido, porque repetía maquinalmente una fórmula vulgar en vez de estudiar las particularidades de la nueva realidad de la vida. Considerando las cosas superficialmente, con semejante táctica no hacía más que debilitar a su propio partido. Por otra parte, declaraba al mismo tiempo en el Congreso de los Soviets: "No es cierto que no exista un partido dispuesto a tomar el poder ahora mismo; ese partido existe: es el nuestro."

¿Quién no advierte una enorme contradicción entre la posición de una "Asociación de propagandistas", aislada de todas las demás, y este compromiso público de aceptar el poder en un país gigantesco, conmovido hasta sus cimientos? Y el Congreso de los Soviets no llegaba a comprender qué quería aquel hombre raro, qué esperaba aquel frío fanático que escribía breves artículos en un periodiquillo. Cuando Lenin declaró en el Congreso de los Soviets, con una gran simplicidad que ponía de manifiesto su franqueza: "Nuestro partido está dispuesto a tomar el poder", se oyeron numerosas risas. "Ríanse cuanto quieran", dijo Lenin. El sabía que quien ríe al último ríe mejor. A Lenin le gustaba este proverbio porque estaba firmemente decidido a reír el último. Con calma seguía argumentando para demostrar que era preciso, para empezar, reducir a prisión a cincuenta o cien millonarios de los más importantes y declarar al pueblo que los capitalistas serían considerados ladrones, y que Tereschenko no era mejor que Miliukov, pero sí más estúpido. ¡Opiniones terribles, demoledoras, mortalmente sencillas! Y aquella representación de un pequeño núcleo del Congreso, que le aplaudía discretamente de tiempo en tiempo, dijo al Congreso en pleno: "¿Os asusta el poder? Nosotros estamos dispuestos a tomarlo." Como respuesta obtuvo, naturalmente, la risa, pero una risa casi condescendiente, apenas inquieta.

Para su segundo discurso, Lenin escogió también palabras terriblemente sencillas, tomadas de la carta de cierto campesino: "Debemos apoderarnos de la burguesía con toda dureza, de tal manera que no le quede ni una sola rendija por donde escapar; entonces la guerra habrá llegado a su fin; pero si no nos apoderamos así de la burguesía, lo vamos a pasar muy mal." ¿Y esta sencilla e ingenua cita es todo el programa? ¿Cómo era posible que esto no motivase una sorpresa? Y volvió a estallar la risa, condescendiente, pero con impertinencia. En realidad, estas palabras, "apoderamos de la burguesía", no eran de mucho peso para ser consideradas un programa abstracto de un grupo de propagandistas. La gente, sorprendida, no advertía, que Lenin obedecía de modo infalible al creciente ataque de la historia, contra la burguesía que inevitablemente "no podría escapar por rendija alguna". No en vano Lenin había declarado en mayo al ciudadano Maklakov que "el país de los obreros y los campesinos más pobres del mundo está cien veces más a la izquierda que los Chernov y los Tsereteli, y cien veces más a la izquierda que nosotros".

Esta era la principal fuente de la táctica de Lenin. A través de la superficie democrática nueva, pero ya profundamente conmovida, su mirada penetraba hasta muy adentro en "la tierra de los obreros y de los campesinos más pobres del mundo". Esa tierra estaba dispuesta para la gran revolución. Pero el campo no hallaba todavía la manera de manifestar su potencialidad política. Los partidos que hablaban en nombre de los obreros y de los campesinos los engañaban. Millones de obreros y campesinos ignoraban la existencia de nuestro partido, no se habían dado cuenta todavía de que era el paladín de sus aspiraciones; y nuestro partido mismo no había advertido aún cuánta era su fuerza potencial y por ello resultaba estar mil veces más a la derecha que los obreros y los campesinos. Debíamos estimular a uno y a otros. Debíamos preparar el partido para millones de adictos, y estos millones de adictos para el partido. No apremiarlos para que avanzasen demasiado, pero también evitar que se rezagasen. Explicar cariñosa y perseverantemente: "¡Abajo los diez ministros capitalistas!" ¿Los mencheviques no se conforman? ¡Abajo los mencheviques! ¿Se ríen? Cada cosa a su tiempo. Hasta el fin nadie es dichoso.

Recuerdo que sugerí, pidiéndolo al Congreso de los Soviets, que considerasen primero la cuestión de la ofensiva contra los alemanes que se estaba preparando en el frente. Lenin se manifestó de acuerdo con esta idea pero evidentemente necesitaba discutirla con otros miembros del Comité Central. En la primera sesión del Comité Central, el compañero Kámenev trajo un borrador con la declaración de los

bolcheviques acerca de la ofensiva, precipitadamente esbozado por Lenin. No sé si el documento existe aún. Su texto no satisfizo a los bolcheviques que participaban en el Congreso, ni a los internacionalistas: nunca he sabido por qué. Aun Posern, a quien deseábamos delegar para que lo pusiera a discusión, hizo objeciones. Yo redacté otro texto, que se aceptó. La organización, para llevar esto adelante, si no me equivoco, estuvo en manos de Sverdlov, a quien conocí por primera vez durante el Primer Congreso de los Soviets, como presidente de la fracción bolchevique.

A pesar de su figura pequeña y delgada, lo que delataba su poca salud, había algo en las maneras de Sverdlov que trasuntaba importancia y fuerza contenida. Presidía con calma y con una regularidad que evocaba el trabajo de un buen motor. El secreto estaba, naturalmente, no en el arte de presidir, sino en el hecho de que tenía una excelente idea del personal que componía la asamblea conocía exactamente lo que necesitaba para realizar su misión. Antes de cada sesión realizaba por separado conferencias con delegados, efectuaba indagaciones y ensiaba avisos para éste y para el de más allá. Antes de la apertura de una sesión tenía una idea a grandes rasgos de su curso. Pero incluso sin conferencias preparatorias sabía mejor que nadie cómo éste o aquel obrero respondería a la pregunta que se le planteara. El número de compañeros de cuyos horizontes políticos tenía una idea clara era muy grande con relación a lo que entonces era nuestro partido. Era un organizador nato y hombre de recursos. Cada cuestión política se le presentaba como concretamente organizable en otro plano, como una cuestión de correlaciones de gente separada y grupos dentro de la organización del partido y de correlaciones entre la organización como conjunto y las masas. Comprendía de inmediato el significado numérico y lo traducía casi automáticamente en formas algebraicas. Por este medio, cuando se trataba de una cuestión revolucionaria, se obtenía una verificación sumamente importante de las fórmulas políticas.

Después de la llamarada efectista de la manifestación del 10 de junio, cuando la atmósfera del Primer Congreso de los Soviets estaba al rojo vivo y Tsereteli amenazaba con desarmar a los obreros de Petersburgo, fui con el compañero Kámenev a las oficinas editoriales de Pravda y escribí allí, después de un corto cambio de opiniones a iniciativa del compañero Lenin, el borrador de una comunicación del Comité Central del partido al Comité Ejecutivo del Congreso.

En esta reunión Lenin dijo pocas palabras acerca de Tsereteli respecto de su último discurso del 11 de junio: "¡Pensar que este hombre ha sido revolucionario y que ha pasado tantos años en la cárcel!" ¡Y ahora esta completa renuncia del pasado!"

En aquellas palabras no había política, no tenían intención política; eran solamente el fruto de una reflexión espontánea acerca del destino lamentable de los primeros grandes revolucionarios. En el tono en que las dijo había una huella de pena, de tristeza, pero las dijo breve y secamente, porque nada repugnaba tanto a Lenin como la más ligera sospecha de sentimentalismo y debilidad psicológica.

Hacia el 4 o 5 de julio encontré a Lenin (¿y también a Zinóviev?), si la memoria no me engaña, en el Palacio Taurida. Nuestro ataque había sido rechazado. La ojeriza contra los bolcheviques había llegado a su culminación en los poderes gubernamentales.

"Ahora nos van a demoler -dijo Lenin-. Ahora es su momento." Su idea fundamental era comenzar la retirada fuese necesario. entrar en la ilegalidad. Rara vez la estrategia de Lenin había sugerido un cambio rumbo tan brusco; pero como siempre, se basaba en una rápida apreciación de la situación. Más tarde, durante el Tercer Congreso de los comunistas internacionales, VIadimir Ilich dijo incidentalmente: "En julio cometimos no pocas equivocaciones." Al decir esto pensaba en nuestro repentino levantamiento armado, en la forma demasiado agresiva de la manifestación, que no estaba en proporción con nuestras fuerzas en la opinión del país. Digna de señalarse, no obstante, es la serena apreciación emitió el 4 y el 5 de julio, no solamente acerca del aspecto revolucionario de la situación sino de su opuesto, cuando llegó a la conclusión de que para "ellos" era entonces la ocasión de atacarnos. Afortunadamente, nuestros enemigos no disponían de suficiente congruencia lógica ni decisión. Por otra parte, era muy probable que ellos, es decir, su camarilla de oficiales, si hubiesen podido poner las manos sobre Lenin en los primeros días que siguieron al levantamiento de julio, le hubieran dado un trato exactamente igual al que la camarilla de oficiales alemanes dio a Liebknecht y a Rosa Luxemburgo un año y medio después.

En la reunión arriba mencionada no se tomó un acuerdo directo de actuar ilegalmente. El episodio Kornílov provocaba una fluctuación constante. Personalmente me dejé ver dos o tres días más, y en algunas conferencias de organización y de partido me pregunté: ¿Qué hacer? El ataque tempestuoso

sobre los bolcheviques parecía inevitable. Los mencheviques procuraban en todo momento sacar partido de la situación, a la que no eran enteramente ajenos. Recuerdo que me vi obligado a hablar en la biblioteca del Palacio Taurida, en un mitin de los representantes de las uniones de las compañías mineras. Se encontraban allí unas pocas docenas de hombres, los jefes de las Uniones. Predominaban los mencheviques. Hablé de la necesidad de una protesta de las compañías mineras contra la acusación de que los bolcheviques eran cómplices del militarismo alemán. Del transcurso de esta reunión tengo ahora sólo una vaga reminiscencia; pero recuerdo exactamente dos o tres rostros maliciosos de hombres que estaban allí para silbarnos.

En aquel entonces el terror asumió contornos definidos. Los encarcelamientos estaban a la orden del día. Durante algunos días estuve escondido en casa del compañero Larin. En seguida comencé a salir otra vez, me presenté de nuevo en el Palacio Taurida y pronto fui encarcelado. Se me puso en libertad durante los días del episodio Kornílov y la subsiguiente reacción bolchevista. Entonces logramos persuadir a los "unionistas" de que ingresasen en el partido bolchevique, Sverdlov me dijo que procurase ver a Lenin, que estaba aún escondido. No recuerdo ya quién me introdujo en los barrios de los obreros conspiradores (¿no sería Rachia? ), donde hallé a Vladimir flicli. También encontré allí a Kalinin, a quien Lenin más adelante consultó en mi presencia acerca del estado de ánimo de los obreros: si luchaban, si irían hasta el fin, si podrían tomar el poder, etc.

¿Cuál era el estado de ánimo de Lenin entonces? Si he de caracterizarlo en pocas palabras, debo decir que estaba presa de una impaciencia contenida y de una profunda inquietud. Veía claramente que se acercaba el momento en que todo estaría en el filo de un cuchillo, y al mismo tiempo opinaba, y no sin fundamento, que los jefes del partido no habían sacado todas las conclusiones necesarias. El comportamiento del Comité Central le parecía pasivo y dilatorio. Lenin no creía aún posible volver abiertamente al trabajo, porque temía que su encarcelamiento acentuara la lentitud de los jefes del partido, que inevitablemente iban a desperdiciar la situación extraordinariamente revolucionaria que se les ofrecía. Por lo tanto, en aquellos días y semanas la impaciencia y vigilancia de Lenin ante todo lo que fuera síntomas de vacilación, actitudes de espera e indecisión, llegaron a su punto culminante. Pedía que de una vez urdiésemos un complot, sorprendiésemos al adversario, le arrebatásemos el poder; después ya veríamos. De todas maneras, debía haber más acuerdo.

El biógrafo de Lenin deberá prestar la mayor atención al hecho de la vuelta de Lenin a Rusia y su actitud frente a las masas. Con una breve interrupción en 1905, Lenin había pasado más de quince años en el extranjero. Su sentimiento de la realidad, su interés instintivo por el ser humano que vive y trabaja no sólo no habían disminuido, sino que, al contrario, se habían hecho fuertes con la sabor teórica y la imaginación madura. Mediante encuentros y observaciones casuales componía y renovaba la pintura del conjunto. Había vivido en el extranjero durante el periodo de su vida en que se formó para el papel histórico que el destino le deparaba. Llegó a Petersburgo con un punto de vista completamente revolucionario que era un resumen de toda la experiencia social, teórica y táctica de su vida. Y sobre la experiencia viva del despertar de las masas obreras de Rusia ensayó cuanto había recogido, pensado y asimilado.

Las fórmulas resistieron la prueba. No obstante, por primera vez, aquí en Rusia, en Petersburgo, las fórmulas concretaron decisivamente y con ello adquirieron una fuerza irresistible. No es tiempo todavía de presentar el cuadro en perspectiva del conjunto con ejemplos separados y más o menos accidentales. El conjunto habló por sí mismo con todas las voces de la revolución, y aquí Lenin mostró (probablemente lo sentía él mismo por primera vez clara y completamente) hasta qué grado poseía la labilidad de oír la voz todavía caótica de la masa que despierta. ¡Con qué profundo desprecio contempla las querellas insignificantes de los partidos directores de Rusia en febrero, aquellas olas de "poderosa" opinión pública que pasaban de un periódico a otro, la miopía, el amor propio, la charlatanería, en una palabra, la Rusia oficial de febrero. Detrás de este escenario armado con decorados democráticos, oía el rumor sordo de acontecimientos muy distintos; cuando los escenógrafos señalábanle las grandes dificultades de movilización de la opinión pública burguesa y del elemento pequeñoburgués, sus mandíbulas y sus pómulos parecían más prominentes que nunca. Esto significaba que se violentaba para no decir a los escépticos, y severa y claramente, lo que pensaba de ellos. Veía comprendía los obstáculos existentes tan bien como los demás, pero descubría claramente, palpable y físicamente, esas fuerzas gigantescas acumuladas por la historia y que ahora emergían a la superficie para derribar todos los obstáculos. Vio, escuchó y sintió por encima de todo al obrero ruso, que había crecido en número, que no había olvidado todavía la experiencia de 1905, que tenía tras de sí la escuela de la guerra con sus ilusiones, el embuste

y la superchería del defensismo, y se hallaba maduro para grandes sacrificios y esfuerzos inauditos. Veía al soldado, fatigado por cinco años de guerra diabólica, "insensata y sin razón", hasta que el estallido de la revolución lo despertó y lo puso en condiciones de resarcirse de todos aquellos sacrificios insensatos, de las humillaciones, y se desencadenó en él un odio rabioso que nada podía detener. Escuchaba al campesino que, obligado a arrastrar las cadenas durante centenares de años de esclavitud, excitado por la guerra, advertía por primera vez la posibilidad de ajustar cuentas, de una manera formidable y cruel, con sus opresores, los esclavizadores, los amos. Los campesinos vacilaban desconcertados, groseramente, entre la pirotecnia verbal de Chernov y su propio "anhelo", el gran levantamiento agrario. Lleno aún de indecisión, el soldado buscó un camino entre el patriotismo y la desertión desenfundada. Aunque incrédulos y semihostiles, los obreros escuchaban aún los últimos discursos de Tsereteli. Ya el vapor hervía impaciente en las calderas de los cruceros armados de Kronstadt. El marinero combinaba el odio acerado de los obreros y la rabia sorda del campesino; además, chamuscado por la llama de la terrible guerra, ya había echado por la borda todo el lastre de la opresión burocrática y militar "establecida". La "revolución de febrero" estaba ante un abismo. Una coalición benévola había recogido y zurcido los pedazos de la legalidad zarista y, extendiéndolos, los había convertido en una delgada capa de legalidad democrática. Pero debajo de ella todo hervía y se agitaba, todos los errores del pasado buscaban una salida. El odio a la policía, al inspector del distrito, al comisario de policía, a los funcionarios, a los industriales, a los parásitos, a los "manos blancas", a los injuriadores y a los agresores, preparaba el mayor trastorno revolucionario de la historia. Era esto lo que Lenin veía y oía, lo que sentía, físicamente, con infalible clarividencia y una convicción absoluta cuando, después de una larga ausencia, se puso en contacto con el país afligido por las convulsiones de la revolución.

"Imbéciles, charlatanes e idiotas, ¿creen que la historia se hace en los salones, donde los demócratas de alcurnia fraternizan con los titulados liberales, donde los abogadillos provincianos de ayer aprenden pronto a besar ilustres manitas de señora? ¡Imbéciles! ¡Charlatanes! ¡Idiotas! La historia se hace en las trincheras donde, bajo la insensata presión de la locura bélica, el soldado clava su bayoneta en el cuerpo del oficial y escapa a su pueblo natal para incendiar la casa de los señores. Tamaña barbaridad les disgusta. Entonces no se acaloren, les responde la historia: sopórtelo. No son más que meras consecuencias de todo lo que ha sido. ¿Se imaginan ustedes que la historia se hace en sus comités? ¡Tontería! ¡Fantasía! ¡Cretinismo! La historia -esto puede probarse- ha escogido en este momento el palacio de la bailarina Kchesinskaya, la primera mujer del primer zar, como su laboratorio de preparación. Y allí, desde aquel edificio simbólico para la vieja Rusia, la historia prepara la liquidación de todo nuestro Petersburgo zarista, de la nobleza burocrática, de la corrupción y desvergüenza de la burguesía y de los junkers. Aquí, al palacio de la primera bailarina imperial, han venido a montones los delegados rusos de las fábricas, con los mensajeros grises, llenos de cicatrices, piojosos, de las trincheras, y de aquí van a salir las nuevas palabras proféticas que volarán por todo el país."

Los infortunados ministros de la revolución se reunían en consejos y procuraban encontrar un camino para restituir el palacio a su propietario legal. Los periódicos burgueses, socialistas revolucionarios y mencheviques rechinaban los dientes de rabia porque Lenin, desde la galería de Kchesinskaya lanzaba a las masas el santo y seña de la revolución social. Pero este tardío esfuerzo no dio resultado, a no ser que sirviese para aumentar el odio de Lenin por la vieja Rusia o para decidirlo a ajustarle las cuentas.

Ambas cosas ya habían llegado a su límite. Sobre la galería de Kchesinskaya estaba Lenin, el mismo hombre que dos meses más tarde se escondió en un henil y que pocas semanas después se encargaba de la Presidencia del Consejo de los Comisarios del Pueblo.

Pero al mismo tiempo, Lenin vio que existía dentro del partido una oposición conservadora -al comienzo de naturaleza más psicológica que política- al gran salto que debía darse. Lenin vigilaba con inquietud creciente la diferencia entre la disposición de ánimo de una parte de los jefes del partido y los millones de obreros. No se contentó por un momento con la decisión del Comité Central, que había adoptado la fórmula del levantamiento armado. Sabía las dificultades de la transición de las palabras a los hechos. Con todas las fuerzas y todos los medios a su disposición procuraba someter el partido a las masas y el Comité Central del partido a las filas de sus adherentes y seguidores. Convocaba simples camaradas a su lugar de refugio, reunía noticias, las cotejaba, confeccionaba formularios, y en todas direcciones, por medios indirectos, enviaba sus disposiciones a las masas del partido para poner a los jefes ante la necesidad de actuar y de ir hasta el fin.

Para formar un retrato fiel de la conducta de Lenin en estos días, debemos considerar profundamente

este hecho: tenía una fe ciega en que las masas debían y podían completar la revolución, pero no tenía la misma convicción con respecto a la dirección del partido. Y por esto veía, cada vez con más claridad, que no se podía perder ni un instante. Una situación revolucionaria no puede prolongarse arbitrariamente hasta el momento en que el partido esté dispuesto a aprovecharla. No hace mucho hemos tenido un ejemplo en Alemania.

Precisamente hacía algún tiempo que habíamos oído decir: si no tomamos el poder en octubre, nos lo darán dos o tres meses después. ¡Craso error! Si no hubiéramos tomado el poder en octubre, no lo habríamos tomado nunca. Nuestra fuerza antes de octubre estaba en la afluencia ininterrumpida de las masas, que creían que este partido haría lo que los otros no habían hecho. Si en aquel momento hubiesen visto alguna vacilación de nuestra parte, cualquier dilación, cualquier incongruencia entre la palabra y los hechos, en el curso de dos o tres meses nos hubiesen abandonado de la misma manera que lo hicieron con los socialistas revolucionarios y los mencheviques. La burguesía hubiera respirado de satisfacción y las habría utilizado para concertar la paz. La relación de fuerzas hubiera cambiado radicalmente, y la revolución proletaria se hubiese aplazado por tiempo indefinido. Fue precisamente esto lo que hizo actuar a Lenin. De aquí brotó su inquietud, su ansiedad, su recelo y su incesante actividad que salvó la revolución.

Las disensiones dentro del partido, que en los días de octubre tomaron el carácter de un rompimiento declarado, ya habían aparecido significativamente en algunas jornadas de la revolución. El primer conflicto, más que nada de principios y hasta sosegadamente teórico, surgió inmediatamente después de la llegada de Lenin, a propósito de sus tesis. El segundo conflicto, sin consecuencias, se produjo a causa de la manifestación armada del 20 de abril, El tercero tuvo origen en una tentativa de manifestación armada del 10 de junio. Los "moderados" creían que Lenin, para imponerse, necesitaba procurar, con ayuda de la segunda fila del partido, una manifestación armada. El conflicto siguiente, más violento, fue motivado por los acontecimientos de julio. Las divergencias de opinión llenaban la prensa.

Un paso más en el desarrollo de la lucha interna se dio en la cuestión del preparlamento. Por aquella fecha los dos grupos se aprestaban a chocar abierta y violentamente. ¿Se levantó acta de esta sesión? ¿Alguien la conserva? No lo sé. Pero los debates fueron indudablemente de un interés extraordinario. Las dos tendencias, una partidaria de tomar el poder, la otra de sostener el papel de oposición en la Asamblea constituyente, se dibujaron claramente. Los que defendían el boicot del preparlamento eran minoría, aunque no por mucha diferencia. Lenin desde su escondite rechazó los debates de fracción y la resolución escrita, por medio de una carta al Comité Central. Esta carta, en la que Lenin, en términos más que enérgicos, se declaraba partidario de los boicoteadores de la Duma Bulygin, de Kerensky-Tsereteli, no se encuentra en la segunda parte del volumen XIV de sus obras completas. ¿Ha sido conservado este importante documento? Las divergencias de opinión alcanzaron su máxima tensión precisamente antes del periodo de octubre, cuando hubo de tratarse el cierre de la Bolsa durante el levantamiento y la fijación de su fecha. Por fin, muy poco después de la revolución del 25 de octubre, las divergencias de opinión respecto al tema de la coalición con los otros partidos socialistas adquirieron gran acritud.

Sería sumamente interesante reconstruir de manera concreta el papel de Lenin en la vigilia del 20 de abril, del 10 de junio y de los días en que sucedieron los acontecimientos de julio. "En julio hicimos cosas estúpidas", decía Lenin más tarde, tanto en conversaciones particulares como, según puedo recordar, en una conferencia con los delegados alemanes acerca de los acontecimientos de Alemania en marzo de 1921. ¿Qué cosas eran éstas que calificaba de "estúpidas"? ¿Eran el enérgico, o demasiado enérgico, método de ataque, y las activas, o demasiado activas, tentativas de obtener confianza? Sin tales tentativas para obtener confianza, de vez en cuando hubiéramos perdido el contacto con las masas. Por otra parte, como es bien sabido, el control activo ejercido aquí y allá degenera en una batalla rabiosa. Esto fue, a mentido, lo que estuvo a punto de suceder en julio. Pero nuestro enemigo no tenía en aquellos días valor suficiente para tomar medidas extremas. No era ciertamente tener suerte; puede decirse que el kerenskismo era en todo una media tinta; paralizaba al kornilovismo, en proporción a su temor a éste.

## LA REVOLUCIÓN

La apertura del Segundo Congreso de los Soviets fue fijada para el fin de la Conferencia democrática, es decir, para el 25 de octubre.

Tal como se presentaba la agitación revolucionaria, cada vez más viva no solamente en los barrios obreros, sino también en los cuarteles, nos pareció más práctico concentrar la atención de la guarnición de Petersburgo en esta fecha, como día en que el Congreso había de decidir la cuestión del poder y en que los obreros y las tropas, que estarían ya preparadas al efecto, debían defenderlo. Nuestra estrategia era agresiva por naturaleza; estábamos comenzando un ataque al poder; pero nuestra agitación se hallaba combinada de tal modo, que temíamos que el enemigo comenzara por dispersar el Congreso de los Soviets y nos viésemos obligados, por tanto, a darle una ruda respuesta. Todo este plan se basaba en la fuerza de la avalancha revolucionaria que avanzaba por todas partes y que no dejaría al enemigo paz ni reposo. Los regimientos de retaguardia guardarían su neutralidad en caso de que nos sucediese lo peor.

En tales condiciones, el movimiento más insignificante del gobierno contra el Soviet de Petrogrado debía asignarnos *ipso facto* una preponderancia decisiva. Lenin temía, entre tanto, que el enemigo lograra atraerse un pequeño pero decidido núcleo de tropas contrarrevolucionarias y nos atacase antes, con la ventaja de la sorpresa. Si el enemigo repentinamente se apoderase del partido y de los Soviets y capturase el centro director en Petersburgo, decapitaría con ello el movimiento revolucionario y gradualmente lo haría inofensivo.

-No debemos esperar, no nos debemos retrasar- repetía Lenin cada vez con más insistencia.

Así las cosas, a fines de septiembre o a comienzos de octubre se produjo la famosa sesión nocturna del Comité Central en casa de Sujánov. Lenin fue a ella firmemente decidido esta vez a llegar a una resolución que no dejase ya lugar a duda, aplazamiento, pasividad ni demora. No obstante, antes de atacar a los que se oponían al levantamiento armado enfrentó a los que habían suscitado el debate sobre el levantamiento en el Segundo Congreso de los Soviets.

Alguien le había hablado de mi discurso "Ya hemos fijado el levantamiento para el 25 de octubre". Yo me había servido varias veces de esta frase ante aquellos compañeros que iban por el camino de la revolución ya en el preparlamento, y que se imaginaban a la Asamblea Constituyente como una "vigorosa" oposición bolchevista. "Si el Congreso de los Soviets, en su mayoría bolchevista -decía-, no se hace cargo del poder, el propio bolchevismo está condenado a muerte." En tal caso la Asamblea Constituyente no hubiese sido convocada jamás. Si, después de todo lo sucedido, convocábamos el Congreso de los Soviets con una mayoría nuestra asegurada de antemano, nos obligábamos públicamente a tomar el poder no más tarde del 25 de octubre.

Vladímir Ilich prorrumpió en invectivas contra esta fecha, de una manera horrible. La celebración del Segundo Congreso de los Soviets no le interesaba; ¿qué significado tenía el Congreso? ¿Se reuniría efectivamente? ¿Y qué debía hacer el Congreso en este caso? Debíamos tomar el poder, pero no comprometernos a celebrar el Congreso. Era ridículo y absurdo anunciar al enemigo el día del levantamiento. Sería preferible dejar que el 25 de octubre fuese una máscara, pero el levantamiento debía comenzar absolutamente antes e independientemente del Congreso. El partido debía apoderarse del poder mediante las armas, y entonces discutiría la celebración del Congreso. Debíamos actuar inmediatamente.

Lenin consideraba, como en los días de julio, cuando se persuadió de que "ellos" iban a aplastarnos, la posición general del enemigo, y llegaba a la conclusión de que, desde el punto de vista de la burguesía, lo mejor sería sorprendernos con las armas, desorganizar la revolución y, una vez aislada, atacarla. Como en julio, Lenin concedía excesiva importancia a la sagacidad y a la resolución del enemigo, y quizá también a sus posibilidades materiales. Esta actitud, desde un punto de vista táctico, resultaba excelente: doblaba la energía del partido. Pero, a pesar de todo, el partido no estaba en condiciones de tomar el poder bajo su propia responsabilidad, independientemente del Congreso y a sus espaldas. Esto hubiera sido un error que no hubiera dejado de imprimir su huella en la actitud de los obreros y podía haber presentado extraordinarias dificultades para la guarnición. Los soldados conocían el Consejo de diputados y la Sección de soldados conocían el partido a través del Congreso. Y si el levantamiento tuviese lugar después del Congreso, su relación con él, sin que estuviera cubierto por su autoridad y sin que pusiera clara y francamente fin a la lucha por el poder de los Soviets, podía introducir una conclusión peligrosa en la guarnición. No se debe olvidar además, que existía aún en Petersburgo, en el mismo local del Soviet, el antiguo Comité Central Ejecutivo de toda Rusia, con los socialistas revolucionarios y los mencheviques a la cabeza. Era lo único que podíamos oponer al Congreso soviético.

Al fin se formaron tres grupos en el Comité Central: los contrarios a que el partido arrebatase el poder a los que la lógica de la situación forzaba a abandonar, "al grito aglutinante de "¡El poder para los Soviets!"; Lenin, que pedía la organización inmediata del levantamiento, independientemente de los Soviets, y el último grupo, que consideraba absolutamente necesario hacer coincidir el levantamiento con el Segundo Consejo de los Soviets, y en consecuencia deseaba aplazarlo hasta que éste se reuniese.

"A todo trance -declaraba Lenin enfáticamente- la conquista del poder debe preceder al Congreso de los Soviets, pues si no fuese así los arrinconarían y ya no habría Congreso."

Finalmente, se tomó una resolución a fin de que el alzamiento se realizase lo más tarde el 15 de octubre. Acerca de la fecha citada, si no recuerdo mal, hubo apenas discusión. Todos comprendían que sólo era aproximada, que no tenía más que un carácter de orientación, por decirlo así, y que los acontecimientos la podían acelerar o retardar. Pero sólo la cuestión del día podía discutirse, y nada más. Se reconocía la necesidad de una fecha fija, que fuese próxima.

Los debates principales sostenidos en las sesiones del Comité Central se dirigieron, naturalmente, a la lucha con la fracción radicalmente opuesta a un levantamiento armado.

Me abstengo de introducir aquí tres o cuatro discursos que Lenin hizo en las sesiones aludidas sobre el tema: "Debemos tomar el poder? ¿Ha llegado la hora de tomar el poder? ¿Podemos conservar el poder si lo tomamos?" Lenin escribió entonces y después algunos folletos y artículos acerca de este punto candente. El curso de su pensamiento en los discursos, en las reuniones, era naturalmente el mismo. Pero es absolutamente e imposible dar una idea del robusto espíritu que animaba estas improvisaciones intensas e impresionantes, saturadas de la lucha que debía sostener contra los adversarios, la duda y la vacilación; del curso de su pensamiento, de su voluntad su convicción y su valentía. La suerte de la revolución se decidió entonces. La sesión concluyó muy entrada la noche. Todos tenían una impresión semejante a la que tiene quien acaba de asistir a una operación quirúrgica. Una parte de los asistentes a la sesión pasamos el resto de la noche en casa de Sujánov.

El curso ulterior de los acontecimientos nos ayudó mucho. El intento de licenciar la guarnición de Petersburgo condujo a la creación del Comité revolucionario militar. Así nos fue posible legalizar la preparación del levantamiento con la autoridad de los Soviets, mezclando íntimamente nuestra causa a una cuestión que afectaba vitalmente a la guarnición de Petersburgo.

En el intervalo entre la sesión del Comité Central descrita más arriba y el 25 de octubre, no tuve más que una entrevista con Vladimir Ilich, al menos así me parece recordarlo. ¿En qué fecha se produjo? Debió ser entre el 15 y el 20 de octubre. Recuerdo que estaba muy interesado en ver cómo apreciaba Lenin el carácter "defensivo" de mi discurso en la sesión del Soviet de Petersburgo. Había probado la falsedad de los rumores acerca de que estábamos preparando para el 22 de octubre, el "día del Soviet de Petrogrado", un levantamiento armado, y denuncié que contestaríamos todo ataque con un contragolpe enérgico e iríamos hasta el fin. Recuerdo que el aspecto de Vladimir Ilich era de una gran calma y seguridad; puedo decir que aparecía completamente confiado. No sólo no oponía objeciones al tono abiertamente defensivo de mi discurso, sino que le reconocía una gran eficacia para amortiguar la desconfianza de la oposición. A pesar de todo, movía la cabeza de vez en cuando y preguntaba: "¿Pero no nos van a ganar de mano? ¿No van a sorprendernos? Yo insinué que, al fin y al cabo, los sucesos iban a desarrollarse por sí solos. En aquella reunión, o al menos en una parte de ella, creo que estuvo presente el camarada Stalin. Quizá confundo esta reunión con otra. Puedo decir en general que los recuerdos que tengo respecto de los días inmediatos anteriores a la revolución están mezclados, que sólo con mucha dificultad logro separarlos, analizarlos y ordenarlos.

La siguiente vez que me encontré con Lenin fue el mismo día 25 de octubre, en el Smolny. ¿A qué hora? No tengo la menor idea. Debía ser por la tarde. Recuerdo muy bien que Vladimir Ilich en seguida preguntó ansiosamente por las negociaciones que se realizaban con el Estado Mayor del distrito militar de Petersburgo acerca del futuro destino de la guarnición. En los periódicos había aparecido un comunicado que informaba al público de la buena marcha de las negociaciones, cuyo fin no dejaría de ser favorable.

-¿Han aceptado un compromiso?- preguntó Lenin, y me miraba agudamente.

Le dije que habíamos dado adrede estas noticias tranquilizadoras, que no era más que una estratagema para el momento de comenzar el ataque general.

-Bien, esto está muy bien -dijo Lenin, deletreando sus palabras, lleno de alegría y de entusiasmo. Se frotaba las manos nerviosamente y comenzó a pasearse de arriba a abajo de la habitación-. ¡Esto está muy bien!

A Ilich le gustaban de un modo especial las estratagemas. Engañar al enemigo, poder tratarlo como a un bobo, ¿había algo más divertido?

Pero en aquel caso determinado la estratagema tenía un significado muy peculiar: era una prueba de que habíamos entrado directamente en la zona de acción decisiva. Comencé a decirle que las operaciones militares habían obtenido un resultado francamente halagüeño, y que por el momento ya nos habíamos apoderado de un número importante de lugares de la ciudad. Vladimir Ilich había visto en un edicto impreso la noche anterior -o quizá fui yo quien se lo enseñé- que a todo aquel que intentase servirse de la revolución para saquear, se le amenazaba con ejecutarlo en el acto. Un momento Lenin se quedó pensativo; hasta me parecía como si dudase. Pero luego dijo: "¡Está bien!"

Había examinado ávidamente todos los detalles del levantamiento. Ellos le proporcionaron la indiscutible prueba de que el movimiento se hallaba en pleno desarrollo; habíamos pasado el Rubicón y ya no era posible la retractación ni la retirada. Recuerdo la fuerte impresión que hicieron a Lenin las noticias de que por orden escrita yo había ordenado la salida de una compañía del regimiento Pavlovsky, a fin de asegurar la publicación de los periódicos de nuestro partido y del Soviet.

-¿Ha salido la compañía?

-Sí, ha salido.

-¿Y los periódicos se han tirado?

-Sí.

Lenin estaba satisfecho, y lo demostraba con exclamaciones y risas y frotándose las manos.

Por fin, en aquel momento me di cuenta de que se conformaba con nuestra negativa a tomar el poder por medio de una conspiración. Hasta el último momento tuvo miedo de que el enemigo desbaratase nuestros planes y nos sorprendiese. Solamente la noche del 25 de octubre se apaciguó, y finalmente dio su sanción al giro que los acontecimientos habían tomado. Digo que se apaciguó, pero sólo para volver a exaltarse ante una serie de preguntas cada vez más concretas, grandes y pequeñas, relacionadas con el curso ulterior del levantamiento: "Pero, escucha, ¿debemos o no hacerlo así, o así? ¿Debemos o no intentar esto o aquello? ¿Debemos o no provocar esto y aquello?" Estas preguntas e iniciativas surgían sueltas y superficiales, pero en el fondo tenían un origen común y revelaban hasta qué punto había abarcado de repente toda la amplitud del alzamiento.

El hombre de acción debe refrenar su impulso, no dejarse arrastrar por la sucesión de los acontecimientos revolucionarios. Cuando el torrente de la rebeldía crece sin resistencia y sus fuerzas se multiplican automáticamente, cuando los reaccionarios se tambalean ante el destino y caen en seguida hechos pedazos, se siente con violencia la tentación de rendirse al curso elemental de los acontecimientos. Los éxitos pronto desarmen tanto como las derrotas, No se debe perder de vista el rumbo de los acontecimientos. Después de cada éxito hay que decirse: "Nada se ha logrado todavía, nada está aún asegurado": cinco minutos antes de la victoria decisiva la dirección de los acontecimientos requiere la misma atención, el mismo desvelo y la misma fuerza y energía que cinco minutos antes del comienzo de la acción armada; cinco minutos después de la victoria, antes de que las primeras exclamaciones de júbilo se hayan apagado, hay que decirse: "Lo que se ha conquistado no está aún seguro; no hay un minuto que perder." Era así como Lenin comprendía la situación, y éste era su método de acción, la esencia de su carácter político, la médula de su espíritu revolucionario.

He dicho alguna vez de qué manera Dan, yendo a una sesión parcial de los mencheviques, reconoció a Lenin disfrazado, en el Segundo Congreso de los Soviets, cuando se sentó con nosotros junto a una mesita en un pasillo. Este hecho se ha convertido en tema de un cuadro que, según puedo colegir a partir de la reproducción, no tiene nada que ver con la realidad del momento. Este es, no obstante, el sino de la pintura histórica en general, y no debe considerarse como una desgracia particular del cuadro en cuestión.

No recuerdo ya en qué ocasión, pero sí que era mucho tiempo después, dije a Vladimir Ilich: "Debemos

redactar una nota sobre este encuentro, si no, después inventarán chismes.

Bruscamente hizo un gesto de cómica desesperanza: "Los inventarán a pesar de todo, sin tardar mucho..."

Se celebraba en el Smolny la primera sesión del Segundo no se mostró en público. Permanecía en una de las salas donde lo recuerdo bien, casi no había muebles. Solo después llegó alguien con colchas y almohadas que tendió en el suelo. Vladimir Ilich y yo reposábamos del otro. Pero a los pocos minutos vino alguien a llamarme: "Dan ha tomado la palabra, hay que responder." Al regresar de mi réplica volví a tenderme junto a Lenin quien, como puede suponerse, ni pensaba en dormir. Las cosas no estaban para eso. Cada cinco o diez minutos, alguien llegaba del salón de sesiones para enterarnos de cómo iban las cosas. Además, llegaban mensajeros de la ciudad donde, bajo la dirección de Antónov-Ovseienko, se iba verificando el asedio del Palacio de Invierno que acabó por caer en sus manos.

A la mañana siguiente, separada del día anterior por una noche en claro, Vladimir Ilich tenía el aspecto de un hombre fatigado. Sonrió y dijo: "La transición de la ilegalidad al poder es demasiado brusca." "Aturde", añadió de pronto en alemán, e hizo un ademán con las manos sobre el rostro. Después de esta observación más o menos personal que le oí acerca de la adquisición del poder, se fue a las tareas del día.

## LENIN EN LA TRIBUNA

Después de la revolución de octubre los fotógrafos y los operadores cinematográficos captaron más de una vez su imagen. Su voz resonó en discos fonográficos. Sus discursos se taquigrafiaban y se imprimían. Así es como todos los elementos de Vladimir Ilich existen aún. Pero sólo los elementos. La personalidad viviente consiste en su combinación inimitable e invariablemente dinámica.

Cuando procuro mentalmente, con mis oídos y mis ojos, ver y oír a Lenin en la tribuna como al comienzo, descubro a un hombre de mediana estatura, fuerte y flexible, y oigo una voz rápida, igual, ininterrumpida, tal vez sorprendente, casi sin pausas y al comenzar sin énfasis alguno.

Las primeras frases son por lo común generalidades; el tono es de tanteo; el cuerpo no ha encontrado aún su equilibrio; los gestos son incompletos. Su mirada parece vuelta hacia adentro; el rostro, sombrío y hostil. Su pensamiento procura encontrar la manera de acercarse al auditorio. Este periodo de introducción dura mucho o poco, según el público, el tema y el estado de ánimo del orador. Pero de pronto encuentra la materia que va a tratar. El tema se vuelve claro. El orador dobla la parte alta de su cuerpo e intercala los dedos en el bolsillo del chaleco.

Como resultado de este doble movimiento sobresalen su cabeza y sus manos. La cabeza no parece grande sobre el cuerpo pequeño pero robusto, bien formado y rítmico. Pero sus cejas y su frente lisa y arqueada son poderosas. Sus brazos se mueven activamente, aunque sin exageración ni nerviosidad. La mano es ancha, con unos dedos cortos, "plebeya", fuerte. Tiene los mismos rasgos de confianza y viril afabilidad que la totalidad de su figura. Esto podía verse mucho mejor cuando el orador se agitaba dándose cuenta de la estratagema de su adversario, o cuando había tendido con éxito un lazo. Entonces los ojos de Lenin saltaban de sus profundas órbitas, tal como figuran en una excelente fotografía que le tomaron en 1919. Hasta el espectador más indiferente se sobresaltaba cuando observaba esta mirada, y se preguntaba qué iba a suceder. Los ángulos de sus mejillas huesudas se iluminaban y a menudo en aquellos momentos de intensa concentración mental se suavizaban, subrayando su don de conocimiento de las gentes, causas y situaciones. La parte inferior de su rostro, con su barba gris rojiza, estaba casi en la sombra. La voz perdía su dureza, se tornaba flexible y suave y en algunos momentos astutamente insinuante.

Pero en cierto momento el orador introducía en su discurso una posible objeción de un adversario o una cita del artículo de un enemigo. Antes de plantear la idea hostil demuestra perfectamente que la objeción es infundada, superficial o falsa. Aparta los dedos de su chaleco, echa adelante su cuerpo y da algunos pasos atrás como para dejar espacio para el ataque; mueve los hombros con una mezcla de ironía y de fría desesperación, y extiende ambas manos con los dedos abiertos. La condenación, el ridículo o la confusión de su adversario -según el adversario y la ocasión- preceden siempre a la refutación. El oyente sabe de



antemano, por decirlo así, qué pruebas tiene que esperar y qué tono asumirá su actitud mental. Entonces empieza su ataque lógico. La mano izquierda está unas veces metida en el bolsillo de la chaqueta, otras, más a menudo, en el del pantalón; la derecha acompaña el curso lógico de su pensamiento y le da un ritmo. Cuando conviene, la izquierda le ayuda. El orador se inclina hacia su auditorio, va hasta el extremo de la tribuna, se echa adelante y elabora con amplios movimientos su material oratorio. Esto significa que ha llegado al pensamiento central, al asunto culminante de su discurso.

Si hay adversarios en el auditorio, de vez en cuando se oye un grito o una crítica. De cada diez casos, nueve no obtienen contestación. El orador, en efecto, habla para aquellos que necesitan oír lo que él dice, y dice simplemente lo que considera necesario. No le agrada ser interrumpido con objeciones fortuitas. Una disposición favorable a las escaramuzas no hubiese sido compatible con su reconcentración. Después de las objeciones hostiles su voz se endurece más, su discurso es más compacto e impresionante, la marcha de su pensamiento más aguda, su gesticulación más áspera. Solamente toma en cuenta una interrupción hostil si responde al curso general de sus pensamientos y le ayuda a llegar más rápidamente a la conclusión apetecida. Pero entonces sus respuestas son inesperadas por su simplicidad destructiva. Expone la situación sin eufemismos, es diáfano, precisamente donde esperaban que procuraría correr un velo sobre la verdad de los acontecimientos. Los mencheviques pudieron experimentar esto más de una vez en los primeros periodos de la revolución, cuando las acusaciones de ofensa a la democracia conservaban todo su frescor.

Nuestros periódicos han sido suspendidos.

¡Naturalmente! Pero por desgracia todavía no lo han sido todos. Pronto lo serán, y por completo. La dictadura del proletariado hará cesar esta venta vergonzosa del opio burgués.

## EL ORADOR CRECÍA

Tenía ambas manos en los bolsillos. No había ningún rastro de "pose", la voz no tenía ninguna modulación retórica, toda la figura, la posición de su cabeza con sus labios apretados, los pómulos y el tono ligeramente ronco de su voz, expresaban firme confianza en su justicia y en su verdad. "¿Queréis luchar? Está bien; lo tendremos presente."

Cuando el orador atacaba a alguno de su propio partido y no a un enemigo, ello podía percibirse por el tono y el semblante. Hasta los ataques más violentos no perseguían otro objeto que devolver al disidente "a la razón".

De vez en cuando la voz del orador se quebraba en una nota alta; esto sucedía cuando, en su celo, convencía a alguno de los suyos, lo desconcertaba y probaba que el adversario no había aportado idea alguna y que los fundamentos de sus objeciones eran fútiles. Mientras hacía estas protestas su voz llegaba a veces al falsete y se quebraba, con lo que la diatriba más terrible cobraba un matiz de bondad.

El orador había expuesto todo el esquema de su pensamiento hasta el fin, hasta el último resultado práctico; pero solamente el esquema, no su presentación y su forma, a excepción de algunas expresiones y frases brillantes, sucintas, pertinentes, precisas, que entonces entraban en el "libre cambio" de la vida política del partido y del país. La sintaxis es generalmente rígida, una frase sobre otra o invertida y juntada a otra. Semejante construcción es una dura prueba para los taquígrafos y luego para los editores. Pero a través de estas frases rígidas se abría camino su pensamiento intenso y poderoso.

¿Pero el orador es realmente un marxista de profunda preparación, un estadista y un hombre de vasta cultura? ¿No parecía, por lo menos en algunos momentos, como si estuviera hablando un autodidacta extraordinario, que ha llegado a todos esos resultados por su propio pensamiento, que ha creado todo eso en su propio cerebro, a su manera, sin formulismos científicos, y que por eso lo presenta, también, a su manera? ¿De dónde procedía esta ilusión? Es que el orador calibraba su pensamiento no para él sólo, sino para las masas, y había depurado su ideario en la experiencia de éstas, a fin de quitar a su programa todos los aparatos teóricos que él mismo había usado cuando por primera vez estudió la cuestión.

De cuando en cuando, además, el orador subía demasiado aprisa los escalones de su pensamiento y saltaba de una vez dos o tres peldaños; esto sucedía si la conexión le parecía lo suficientemente clara,

teniéndola ya mentalmente resuelta, y si necesitaba ofrecerla a sus oyentes lo antes posible. Pero se daba cuenta en seguida de que el auditorio no le había seguido, que la conexión con sus oyentes se había roto. Entonces se reprimía de golpe, daba un salto atrás y comenzaba su disertación otra vez, pero a paso más calmoso y moderado. Hasta su voz era distinta, libre de todo esfuerzo superfluo y confiada, por tanto, en la sola fuerza de la convicción. ¿Pero acaso el discurso estaba hecho con miras a su estructura? ¿Hay en un discurso algo que revista mayor importancia lógica que aquello que impulsa a la acción?

Y cuando el orador llegaba a su conclusión por segunda vez y se adueñaba de sus oyentes, sin excepción, se percibía en la sala el placer gratísimo que emana del feliz ejercicio del pensamiento colectivo. No faltaba más que clavetear la conclusión dos o tres veces de manera que penetrase bien, dándole una expresión simple, clara y plástica que quedase impresa en la memoria, y entonces podía concederse a sí mismo y a los demás una tregua para respirar, podía jugar y reír, para que durante este tiempo el pensamiento común absorbiese fácilmente su nueva adquisición.

El humorismo oratorio de Lenin era tan sencillo como sus demás artificios, si puede hablarse de artificios. En los discursos de Lenin no había retruécanos, ni aspiración a ser chistoso, sino una chanza enérgica, inteligible a las masas, popular en el verdadero sentido de la palabra. Si la situación política no era demasiado alarmante, si la mayoría de los oyentes le era adicta, entonces el orador se permitía algún chiste. El auditorio aceptaba de buena gana la observación astuta, ingenua, jocosa, que equivalía a una caracterización despiadada o bonachona, porque veía que no se trataba de una sencilla cuestión de palabras más o menos ingeniosas, sino que detrás había algo que conspiraba a un fin.

Cuando el orador hacía algún chiste, la parte baja de su cara se proyectaba con más fuerza, especialmente la boca, que se reía contagiosamente. Las arrugas de su frente y de su cabeza se hacían cada vez más suaves; los ojos no centelleaban, pero brillaban alegremente; la tensión de su inteligencia ardiente se suavizaba bajo el influjo de la bondad y de la satisfacción.

La característica sobresaliente de los discursos de Lenin, como la de toda su obra, es su derechura de propósito. No estructuraba su discurso, sino que lo guiaba a una conclusión definida y sustancial. Se apoderaba de sus oyentes por diversos medios: exploraba, convencía, desconcertaba, bromeaba, convencía de nuevo y explicaba otra vez. Lo que daba alma a su discurso no era un plan formal, sino un propósito claro que él precisaba, que penetraba en la conciencia de los oyentes como una astilla. Su humor, también, estaba subordinado a este objeto. Su broma era utilitaria. Cada frase de efecto drástico perseguía un fin práctico: algunas excitaban, otras calmaban. De aquí provinieron docenas de palabras aladas, que han sido luego de dominio público en el país.<sup>2</sup> Pero antes de emplear tales frases el orador describía algunas curvas, a fin de encontrar el sitio a propósito para lanzarlas. Cuando lo encontraba las introducía como un clavo, las medía con los ojos, les daba un golpe fuerte con su martillo, una, dos, tres, diez veces, hasta que el clavo se mantenía firme, de tal manera que hubiera sido muy difícil arrancarlo antes de que hubiese prestado sus servicios.

Entonces Lenin golpeaba el clavo otra vez, con una observación chistosa, por la izquierda y por la derecha, para aflojarlo, hasta que lo sacaba y lo lanzaba al hierro viejo de los archivos, con gran disgusto de todos los que se habían ido acostumbrando al clavo.

Y ahora el discurso se acerca al fin. Las distinciones están establecidas, las conclusiones firmemente sentadas. El orador parece un obrero fatigado que ha acabado su trabajo. De vez en cuando se pasa la mano por la cabeza calva llena de gotas de sudor. Su voz se desvanece como se extingue el fuego de un campamento. Está cerca del fin. Es en vano esperar un final electrizante que corone el discurso y sin el que no se puede abandonar ostensiblemente la tribuna. Los otros no podían, pero Lenin sí. No había

conclusión retórica; acababa el trabajo y ponía un punto. "Si nos convencemos de esto, si obramos de esta manera, entonces podemos estar seguros de triunfar", no es una frase final extraordinaria. O "se debe luchar por esto, no con palabras, sino con hechos". O a veces con mayor sencillez decía: "Esto es todo lo que necesitaba decirnos." Y nada más. Y la conclusión, que correspondía enteramente al tipo de elocuencia de Lenin y a la naturaleza del propio Lenin, no enfriaba de manera alguna a su auditorio. Al

---

2.- Trotsky introduce aquí un número de palabras inventadas por Lenin que difícilmente pueden traducirse, tales como "Percedychka"; las pausas en la respiración, aplicadas como explicación de la firma del tratado de paz de Brest: "Smytchka", la unión del Estado y la tierra; "Komtschwantvo", la vanidad de los comunistas individuales, etc.

contrario, después de una conclusión así, sin efectismo, "pálida", los oyentes abarcaban una vez más, como en una exaltación de su conciencia, todo lo que Lenin les había dicho en su discurso: el auditorio rompía en un aplauso tempestuoso, entusiasta y agradecido.

Pero Lenin ha reunido ya sus papeles y rápidamente abandona la tribuna, a fin de escapar a lo inevitable. Su cabeza se hunde entre sus hombros; su barba se inclina; sus ojos desaparecen bajo las cejas; su bigote se eriza rabiosamente sobre el labio fruncido con un dejo de fastidio. El murmullo del aplauso crece y los gritos llegan en ondas tempestuosas. " ¡Viva Lenin... el jefe,... Ilich!" Allí, en el resplandor de las luces eléctricas, la cabeza se destaca, rodeada de enormes oleadas de entusiasmo, súbitamente, a pesar de la confusión, del tumulto y el aplauso, como una sirena en una tormenta, una voz joven, entusiasta y forzándose a sí misma, grita: "¡Viva Ilich!" Y de las íntimas y trémulas profundidades de solidaridad, amor y entusiasmo, se levanta un grito general, que hace temblar la bóveda: "¡Viva Lenin!"

## LENIN HERIDO

Compañeros, el saludo fraternal que escucho lo atribuyo al hecho de que en estos días y horas difíciles todos sentimos fraternalmente la necesidad de unión estrecha de unos con otros y de todos con nuestra organización soviética, y la necesidad de permanecer unidos bajo nuestra bandera comunista. En estos días y horas angustiosos, en que nuestro abanderado, y con perfecto derecho puede decirse, el abanderado del proletariado internacional, yace en su lecho de dolor luchando con el espectro terrible de la muerte, nos hallamos unidos estrechamente como en las horas de la victoria.

Las noticias del atentado contra Lenin me han llegado a mí y a otros compañeros en Svijashk, en el frente de Kazán. Allí los golpes caen duramente, golpes de la derecha, de la izquierda, sobre la cabeza. Pero este nuevo golpe ha sido un golpe por la espalda y por sorpresa. Traidoramente ha abierto un nuevo frente, que en estos momentos nos inspira las mayores alarmas y las mayores inquietudes: el frente en que la vida de Vladimir Ilich lucha con la muerte. Cualquier derrota podemos esperar en este frente o en el otro -como vosotros, estoy convencido de nuestra victoria inminente-: pero la derrota en cualquier frente no sería tan irreparable, tan trágica, para la clase proletaria rusa y para el mundo entero, como un tropiezo fatal en la batalla que se libra en el frente abierto en el pecho de nuestro jefe.

Para comprenderlo basta recordar el odio concentrado que esta figura provoca y provocará en todos los enemigos de la clase obrera. Porque la naturaleza ha producido una obra maestra al reunir en un solo hombre la personificación del pensamiento revolucionario y la energía inflexible de la clase proletaria. Este hombre es Vladímir Ilich Lenin.

La galería de jefes de los trabajadores -de los luchadores revolucionarios- es muy rica y variada y, como muchos otros compañeros que han trabajado durante tres décadas en labores revolucionarias, he encontrado en cada país muchas variedades del tipo del jefe obrero, del tipo de representante revolucionario de la clase obrera. Pero en la persona del compañero Lenin tenemos una figura creada por nuestra época de sangre y de hierro.

Detrás de nosotros queda la época del llamado desarrollo pacífico de la sociedad burguesa, en que se acumulaban gradualmente las contradicciones, en que Europa pasaba el periodo llamado de la paz armada y la sangre corría sólo en las colonias. Cuando el capital voraz se dedicaba a despedazar a los pueblos más atrasados, Europa disfrutó de la llamada paz del militarismo capitalista. En esta época se formaron y adaptaron los más conspicuos jefes del movimiento obrerista europeo. Entre ellos vemos la brillante figura de August Bebel, el gran difunto. El reflejaba la época del desarrollo gradual y lento de la clase obrera. Juntó a una energía valerosa y férrea la cautela más extrema en todos los movimientos, un conocimiento real del país en que se movía, la estrategia de esperar y de preparar. Reflejaba el proceso gradual de la acumulación molecular de fuerzas de la clase obrera; su pensamiento avanzaba paso a paso, mientras la clase obrera alemana, a través de una época de reacción internacional, se levantaba paulatinamente y se libertaba de la tiniebla y del prejuicio. Su figura intelectual creció, se desarrolló, se volvió más fuerte y más grande, pero todo esto sobre la base de esperar y de preparar. Así, August Bebel, en sus ideas y en sus métodos era la mejor figura de una época primitiva que ya pertenece al pasado.

La túnica de nuestra época ha sido tejida con otro material; las negras contradicciones acumuladas han estallado con explosión terrible, se ha hecho pedazos el velo de la sociedad burguesa; los cimientos del

capitalismo internacional han sido removidos por el terrible exterminio del pueblo, se han manifestado todas las oposiciones de clase y aparece a los ojos del pueblo la horrible realidad de la destrucción de millones de seres en nombre de intereses mezquinos. Durante esta época la historia de la Europa occidental olvidó, descuidó o no pudo crear el jefe; y no es que no hiciese falta: porque todos los jefes que en la vigilia de la guerra disfrutaban de la confianza de los obreros europeos representaban el ayer, pero no el hoy...

Así que empieza la nueva época, la época de las terribles convulsiones y de las batallas sangrientas, se abre paso el impulso de los nuevos jefes. Plugo a la historia -y esto no es una casualidad- crear una figura de modelo único en Rusia, una figura que concentraba en sí toda nuestra época terrible y grande. Repito que no es un azar. En 1847 produjo en la atrasada Alemania la figura de Marx, el más grande de los luchadores en el reino de las ideas, que señaló los caminos de la historia nueva. Alemania era entonces una tierra atrasada, pero la historia, quiso que la intelectualidad alemana fuese hacia el desarrollo revolucionario y que sus representantes más conspicuos, los que dirigían su ciencia, rompiesen con la sociedad burguesa, colocándose al lado del proletariado revolucionario, y que estableciesen el programa del movimiento obrero como la teoría del desarrollo de la clase obrera.

Lo que Marx profetizó en aquella época, nuestra época está llamada a realizarlo. Pero necesitaba nuevos jefes, portaestandartes del gran espíritu de nuestra época, en que la clase obrera se ha elevado al nivel de su misión histórica y ve claramente el camino que se debe seguir si se quiere que la humanidad no caiga, convertida en una carroña, sobre el ancho camino de la historia. Para esta época la historia rusa creó un jefe nuevo. Todo lo que era bueno en la antigua intelectualidad revolucionaria, su espíritu de abnegación, de rabia y de odio contra la opresión, todo esto estaba concentrado en su persona, que no obstante, en su juventud había roto irrevocablemente con el mundo de la intelectualidad a causa de las relaciones de ésta con la burguesía; Lenin personifica la idea y la realidad del desarrollo de la clase obrera. Confiando en el joven proletariado revolucionario de Rusia, este hombre hizo uso de la rica experiencia del movimiento obrero internacional, transformó su ideología en una palanca para la acción, y entonces se levantó en el horizonte político en su total grandeza. Es la figura de Lenin, el hombre más grande de nuestra época revolucionaria.

Ya sé, y también lo saben ustedes, compañeros, que la suerte de los trabajadores no depende de un individuo, por singular que sea; esto no quiere decir que la personalidad en la historia de nuestro movimiento y del desarrollo de la clase obrera tenga poca importancia. Un solo hombre no puede remodelar la clase obrera a imagen y semejanza e inclinar al proletariado conscientemente hacia tal o cual camino de desarrollo, pero puede ayudar a la realización de las tareas de los obreros y dirigirlos más rápidamente hacia la meta.

Muchos han criticado a Vladimir Ilich también, más de una vez -y yo entre ellos-, porque no se preocupaba de las causas de menor importancia y de las circunstancias accidentales. Debo decir que esto podía ser un defecto para un jefe político en una época de lento desarrollo "normal"; pero en el compañero Lenin, creador de una época nueva, resultaba el mayor de los méritos. Todo lo que es de índole incidental, externa o secundaria, se omite, y sólo el antagonismo básico, irreconciliable de las clases perdura en forma pavorosa en la guerra burguesa. Dirigir la visión revolucionaria hacia el futuro, abarcar lo esencial, lo fundamental, lo importante; éste era el don peculiar que Lenin poseía en el más alto grado. Cualquiera que hubiese podido, como pude hacerlo yo, observar de cerca el trabajo de Vladimir Ilich, no podría menos que mirar con entusiasmo -repito la palabra entusiasmo- este don de pensamiento penetrante y agudo que rechazaba todo lo externo, lo accidental, lo superficial, a fin de percibir los caminos y los métodos de la acción. Los obreros aprenden a apreciar a esos jefes que indican el camino del progreso y los siguen sin titubear, incluso cuando los prejuicios del mismo proletariado debieran retenerlos. Junto a este don de pensamiento poderoso, Vladimir Ilich tuvo también el de una voluntad inflexible. La combinación de ambas características produjo el verdadero jefe revolucionario, dotado de una intrepidez sin límites, una inteligencia y una voluntad inflexible de acero.

¡Qué suerte la nuestra, poder decir todo esto, poder oír todo esto, acerca del valor de Lenin, sin que tenga carácter necrológico! Y todavía... Pero estamos convencidos de que en este frente cercano, aquí en el Kremlin, la vida vencerá, y Vladimir Ilich volverá pronto a ocupar su lugar en nuestras filas.

Cuando les dije, compañeros, que en su pensamiento valeroso y su voluntad revolucionaria personificaba la clase obrera, uno podía imaginar que era un símbolo interior, casi como un propósito deliberado de la

historia, que en estas horas terribles en que la clase obrera rusa lucha en el frente exterior, con todo su espíritu, contra los checoslovacos, los guardias blancos, los mercenarios de Inglaterra y Francia, nuestro jefe combata también con las heridas que le han infligido los agentes de estos mismos guardias blancos, checoslovacos, los mercenarios de Inglaterra y de Francia.

Y especialmente estamos convencidos de que en nuestra lucha en el frente de los checoslovacos, de los anglofranceses y de la guardia blanca, cada día y cada hora, cobramos una ventaja mayor; lo puedo asegurar como testigo ocular que acaba de volver del campo de batalla; sí, cada día nos sentimos más fuertes, seremos más fuertes mañana que hoy, y más fuertes pasado mañana que mañana; para mí no caben dudas de que no está lejos el día en que podré deciros que Kazán, Simbirsk, Samara, Ufa y las otras ciudades ocupadas temporalmente, han vuelto a la familia soviética; de la misma manera espero que el proceso de la mejoría del compañero Lenin vaya a pasos acelerados.

Ahora mismo esta visión, la imagen inspiradora del jefe herido, que ha dejado el frente por un tiempo, está claramente ante nosotros; sabemos que ni por un solo momento ha tumbado nuestras filas, porque incluso cuando yace tumbado, por la bala traidora, nos sacude, nos espolea y nos empuja hacia adelante. No he visto ni un compañero, ni un obrero honrado, que deje caer sus brazos bajo la influencia de las noticias del traidor atentado contra Lenin, pero los he visto a docenas que cerraban los puños, solicitando fusiles; he visto cientos y miles de labios que juraban tomar cruel venganza de los enemigos del proletariado. No tengo necesidad de manifestar de qué manera han reaccionado los soldados conscientes que luchan en el frente, cuando han sabido que Lenin yacía con dos balas en el cuerpo. Nadie puede decir de Lenin que su carácter no tenga la dureza del acero; pero ahora el acero no está sólo en su espíritu, sino también en su cuerpo. Por esto es más querido de la clase obrera de Rusia.

No sé si nuestras palabras y nuestros latidos llegan hasta el lecho de dolor de Lenin, pero no dudo que lo siente todo. No dudo que sabe, incluso en su fiebre, cómo nuestros corazones laten al unísono. Todos reconocemos ahora más claro que nunca que somos miembros de una misma familia comunista soviética: Nunca la vida individual se ha situado en un plano más secundario que en el momento en que la vida del hombre más grande de nuestro tiempo está en peligro de muerte. Cualquiera loco puede destruir en pedazos el cerebro de Lenin, pero crear de nuevo este cerebro será un problema muy difícil, incluso para la naturaleza.

“Pero no, pronto volverá a encontrarse en pie, para pensar y trabajar y luchar a nuestro lado. Y a cambio de esto prometemos a nuestro querido jefe que, en tanto nos encontremos en posesión de nuestras facultades mentales, y en tanto laten nuestros corazones permaneceremos fieles a la bandera de la revolución comunista. Lucharemos contra el enemigo de la clase obrera hasta la última gota de sangre, hasta el último suspiro.

## **LENIN ENFERMO**

**C**ompañeros, este año nuestro partido se ha encontrado atravesando una prueba que exigía una especial claridad de pensamiento y firmeza de voluntad. La prueba era difícil, porque fue determinada por un hecho que pesa duramente sobre la conciencia de los miembros de todo el partido y los más amplios círculos de la población obrera, para ser más exactos, sobre toda la población obrera de nuestro país, y en un grado considerable sobre la del mundo entero. Me refiero a la enfermedad de Vladimir Ilich. Cuando se agravó su estado, a principios de marzo, el gabinete político del Comité Central estudió lo que debíamos decir al partido y el país acerca de la salud del compañero Lenin. Creo que todos podéis imaginaros, compañeros, en qué estado de ánimo tuvo lugar esta sesión del gabinete, cuando hubimos de dar al partido y al país el primer parte serio y alarmante. No cabe duda que obramos en aquel momento como políticos. Nadie nos lo puede reprochar. No pensamos solamente en la salud del compañero Lenin -estábamos naturalmente, preocupados por su pulso, su corazón y su temperatura-, pero pensamos también en el efecto que producían sus latidos en el pulso político de los obreros y del partido.

Con ansiedad, pero también con una fe profunda en la fuerza del partido, dijimos que, debíamos informar a éste y al país tan pronto el peligro fuese evidente. Nadie dudó de que nuestros enemigos procurarían aprovecharse de esta noticia para desorientar al pueblo, sobre todo a los campesinos, y para lanzar rumores alarmantes, etc., pero nadie tampoco dudó por un segundo de que debíamos decir al partido inmediatamente cómo iban las cosas, porque entonces crecía la responsabilidad de cada miembro de la

organización. Nuestro gran partido, que abarca medio millón de adeptos, es una gran comunidad con un tesoro de experiencia, pero en este medio millón de hombres Lenin ocupaba un lugar inconiparable. El pasado histórico no conoce un hombre que haya ejercido tal influencia, no solamente en el destino de su propio país, sino en el destino de la humanidad: el significado histórico de Lenin no tiene precedentes. Y el hecho de que haya sido separado del trabajo por mucho tiempo y que su salud decaiga, produce una profunda alarma política.

Sin duda, sin ninguna clase de duda, sabemos, de manera positiva, que la clase obrera vencerá. Cantamos: "Ningún ser más alto nos salvará", y también: "ningún tribuno". Esto es cierto, pero solamente en su sentido histórico, esto es, que los obreros hubieran vencido finalmente, aunque no hubiesen existido Marx ni Uliánov Lenin. Los mismos obreros hubieran perfeccionado las ideas y los métodos que necesitaran, aunque su marcha hubiera sido más lenta. La circunstancia de que la clase obrera haya producido, en cada una de sus riberas, dos figuras como Marx y Lenin, es una gran ventaja para la revolución. Marx es el profeta con las tablas de la ley y Lenin el más grande ejecutor del testamento, que no solamente dirigía la élite proletaria, como lo hizo Marx, sino que dirigía clases y pueblos en la ejecución de la ley, en las situaciones más difíciles y que actuó, maniobró y venció. Este año, en parte, nos veremos obligados a hacer sin Lenin el trabajo práctico. En el terreno ideológico hemos recibido de él insinuaciones y direcciones recientes acerca de la cuestión del campesino, de la organización del Estado y las cuestiones nacionales, que perdurarán años y años.

Y ahora nos vemos obligados a anunciar que el estado de su salud se ha agravado. Nos preguntamos con una ansiedad justificada qué consecuencias van a sacar de ello las masas neutrales, el campesino y el ejército rojo; porque el campesino creía en Lenin puesto a la cabeza de nuestra organización estatal. Aparte de otros valores, Ilich representa un gran capital moral del Estado en sus relaciones con los obreros y los campesinos. ¿No pensará el campesino -nos preguntamos muchos de nosotros- que la política de Lenin va a sufrir un cambio durante la larga separación de éste de todo trabajo activo? ¿Cómo van a reaccionar el partido, y las masas de obreros, y todo el país?... Cuando el primer parte alarmante apareció, el partido, unido como un solo bloque, creció y alcanzó un plano moral altísimo. Naturalmente, compañeros, el partido está formado por hombres activos, y los hombres tienen faltas y defectos, y hasta entre los comunistas hay mucho de "humano, demasiado humano", como dicen los alemanes; hay conflictos de grupos y conflictos individuales, serios y frívolos, y esto será siempre, porque no existe ningún gran partido sin ellos. Pero la fuerza moral, el peso político específico de un partido se define en las horas trágicas de prueba: la voluntad de unificación y disciplina o lo incidental, lo personal, lo humano, lo demasiado humano. Y aquí, compañeros, creo que podemos sentar una conclusión con certeza absoluta: cuando el partido vio que nos veríamos privados de la jefatura de Lenin por mucho tiempo, se agrupó con rapidez y dejó a un lado todo lo que amenazaba la claridad de su pensamiento, la unidad de su voluntad y su aptitud para la lucha.

Antes de tomar el tren para Járkov hablé con nuestro comandante en Moscú, Nicolás Ivánovich Murálov, a quien conocéis muchos como un viejo compañero de partido, y le pregunté cómo reaccionaría el ejército rojo ante la enfermedad de Lenin. Murálov dijo: "En un primer momento, la noticia caerá como un rayo; retrocederán, pero luego pensarán más profundamente en Lenin." Sí, compañeros, del ejército rojo con base a su propia experiencia, tiene ahora que pensar profundamente acerca del papel de la personalidad en la historia, pensar en aquello que nosotros, hombres de la vieja generación, hemos estudiado en los libros, hemos pesado y discutido como investigadores, como estudiantes u obreros jóvenes, en las prisiones y en los calabozos, particularmente en el destierro: la "relación" del "héroe" con las masas, el factor subjetivo y las condiciones objetivas, etc. Ahora, en 1923, vuestro joven ejército rojo, con cien mil hombres, ha pensado concretamente en esta cuestión, y con él todos los rusos, todos los ucranianos y cada una de las tres clases de campesinos con cien millones de hombres, han pensado en el papel que tiene en la historia la personalidad de Lenin.

Cómo responden a esto nuestros órganos políticos, nuestros comisarios y los secretarios de grupo? Su respuesta es: Lenin es un genio; genio no nace más que uno cada cien años, y la historia del mundo no conoce más que dos jefes geniales de la clase obrera: Marx y Lenin. El partido más fuerte y disciplinado no es capaz de crear un genio, pero el partido puede procurar hacer cuanto le sea posible para duplicar su energía colectiva, cuando el genio se ha malogrado. Esta es la teoría de la personalidad y de la masa que nuestros órganos políticos presentan en forma popular al ejército rojo. Y esta teoría es cierta: Lenin no trabaja por ahora, por lo tanto nosotros debemos trabajar el doble como camaradas, vigilar los peligros con doble cuidado, guardar de ellos a la revolución con doble energía, hacer uso de las posibilidades de

un desarrollo progresivo con doble persistencia. Y esto es lo que haremos todos, desde los miembros del Comité Central hasta el ejército rojo.

Nuestro trabajo, compañeros, es muy fatigoso, muy mezquino incluso, y se desarrolla dentro de los límites de un gran plan; los métodos de nuestro trabajo son "prosaicos": teneduría de libros, cálculo, tasación de productos y granos de exportación; hemos de hacer todo esto paso a paso, piedra por piedra. ¿Pero en estas menudencias no está acaso el peligro de la degeneración del partido? Y nosotros no podemos permitir tal degeneración, de la misma manera que no podemos permitir la más ligera violación de su unidad de acción; porque aunque el periodo presente se prolongase mucho, no podría ser eterno. Quizá no durará mucho tiempo. Una explosión revolucionaria de grandes proporciones, el comienzo de una revolución europea, puede llegar más pronto de lo que nosotros esperamos.

Si de las numerosas lecciones estratégicas de Lenin deseamos recordar algo con especial claridad, elogiemos lo que él llama la *política de los grandes cambios*: hoy en las barricadas y mañana en el sillón de la Tercera Duma, hoy una invitación a la revolución mundial, a la revolución internacional de octubre, y mañana las negociaciones con Küllmann y Czernin para firmar la paz desgraciada de Brest-Litovsk. La situación cambiaba o creíamos que cambiaba; la marcha hacia occidente continuaba, "¡hacia Varsovia!", la situación nos forzó a cambiar de método; hubimos de firmar la paz de Riga, como todos saben, una paz bien desgraciada... y vuelta otra vez a un trabajo persistente, piedra por piedra, economía, restricción de los jefes, control. ¿Eran necesarias cinco o tres telefonistas? Si tres eran suficientes, no se tomaban cinco, porque así el campesino debía entregar menos cantidad de grano. Migajas diarias de trabajo insignificante, pero ved, en el Ruhr, cómo prende la llama de la revolución; ¿ahora se nos juzgará degenerados?

¡No, compañeros, no! No somos degenerados. Cambiamos nuestros métodos, instrumentos de trabajo, pero el instinto revolucionario de propia conservación del partido es lo primero para nosotros. Estudiamos la teneduría de libros y al propio tiempo con mirada aguda acechamos de este a oeste, y los acontecimientos no nos sorprenden. Por medio de la depuración y la ampliación de bases proletarias, nuestra fuerza crece... Estableceremos un arreglo con los aldeanos y la pequeña burguesía, que someteremos a la gente de la NEP, pero no queremos permitir que la gente de la NEP y la pequeña burguesía entre en el partido. No, los mantendremos fuera del partido con ácido sulfúrico y con hierro candente. Y en el Congreso, que será el primero desde la revolución de octubre al que no asistirá Vladimir Ilich, y además uno de los pocos en la historia de nuestro partido en que él no esté presente, nos diremos el uno al otro que debemos escribir o grabar con un lápiz afilado las órdenes del jefe en nuestra conciencia: no para crecer rígidamente, sino para conservar el arte de los cambios bruscos, para maniobrar sin romper las filas, para pactar con compañeros eventuales o permanentes, pero sin admitirlos dentro del partido. Recordad lo que sois, ¡la vanguardia de la revolución del mundo! Y cuando el rumor de la tormenta de Occidente, que no dejará de estallar, nos llegue. entonces, libres del agobio -teneduría de libros, cálculo y NEP- responderemos sin titubear y sin demora. "Somos revolucionarios de pies a cabeza, lo éramos y continuaremos siéndolo, y lo seremos hasta el fin."<sup>3</sup>

## LENIN HA MUERTO

**L**enin ya no existe. Hemos perdido a Lenin. Las leyes Oscuras que gobiernan el trabajo de las arterias han destruido su vida. La medicina se ha manifestado impotente para cumplir el voto apasionado de millones de corazones.

¡Cuántos, sin vacilar, hubieran sacrificado su propia sangre hasta la última gota, para hacer vivir, para renovar el trabajo de las arterias del gran jefe, Lenin Ilich, el único, el que no puede tener sustituto! Pero no ocurrió ningún milagro cuando la ciencia empezó a mostrarse impotente. Y ahora Lenin ya no existe. Estas palabras caen sobre nuestro pensamiento como rocas gigantescas que cayesen en el mar. Es increíble. ¿Puede alguien creerlo?

La conciencia de los obreros de todo el mundo no puede comprender este hecho; porque el enemigo es muy fuerte aún, el camino es largo, y la enorme tarea, la más enorme de la historia, está aún inacabada; porque la clase obrera mundial necesita a Lenin como quizá no se haya necesitado a nadie en la historia

3.- Discurso pronunciado en la sesión que el Comité Ejecutivo General de toda Rusia celebró el 2 de septiembre de 1918.

del mundo.

El segundo ataque de la enfermedad, que fue más rudo que el primero, duró más de diez meses. Las arterias trabajaban constantemente, como decían amargamente los médicos. Era un trabajo terrible para la vida de Lenin. Podía esperarse una mejoría, casi una curación completa, pero también podía llegar una catástrofe. Todos esperábamos la curación, pero llegó la catástrofe. El regulador cerebral de la respiración se negó a funcionar y ahogó aquella inteligencia genial.

“Y ahora VIadírnr Ilich ya no existe. El partido está huérfano. Este es el sentimiento verdadero que provoca la noticia de la muerte de nuestro maestro y jefe.

¿Cómo iremos adelante, cómo encontraremos el camino? ¿Nos extraviaremos? ¡Porque Lenin, compañeros, ya no está entre nosotros!

Lenin ya no existe, pero el leninismo perdura. Lo inmortal en Lenin, su doctrina, su trabajo, su método, su ejemplo, vive en nosotros, vive en el partido que él fundó, vive en el primer Estado proletario del que fue cabeza y guía.

Nuestro corazón está tan sumido en la pena porque todos nosotros, gracias a la merced grandiosa de la historia, nacimos contemporáneos de Lenin, trabajamos con él, y aprendimos de él. Nuestro partido es el leninismo en práctica, nuestro partido es el guía de los obreros. En cada uno de nosotros vive una partícula de Lenin, que es lo mejor de nosotros.

¿Cómo continuaremos? Con la lámpara del leninismo en nuestras manos. ¿Encontraremos el camino? ¡Con el pensamiento colectivo, con la voluntad colectiva del partido, lo encontraremos!

Y mañana, y pasado mañana, durante una semana, y un mes, nos preguntaremos: “¿Es que Lenin está realmente muerto?” Porque su muerte nos parecerá por mucho tiempo algo improbable, un imposible, una terrible arbitrariedad de la naturaleza.

La pena que sentimos, que nos anuda el corazón cada vez que pensamos que Lenin ya no existe, puede ser para cada uno de nosotros una amonestación, una lección, una llamada: nuestra responsabilidad ha crecido. Seamos dignos del jefe que nos dirigía.

En el dolor, en la pena y en la aflicción, uniremos nuestras filas y nuestros corazones; nos uniremos más firmemente para nuevas luchas. ¡Compañeros, hermanos, Lenin ya no estará jamás entre nosotros! ¡Adiós, Ilich! ¡Adiós, jefe!

Estación de Tiflis, 22 de enero de 1924